

## CAPÍTULO VIII

EL EFECTO DEL AFECTO

## El efecto del afecto



Luz Marina Velásquez

La historia de la Fundación SURA se teje entre historias, entre miradas que descubren miradas. Mi historia, en su historia, comienza en 2007, cuando se crea la Dirección Ejecutiva de la Fundación para ampliar y consolidar el trabajo que durante treinta y seis años había realizado en pro del desarrollo social en Antioquia y Colombia.

Cincuenta años son el mejor pretexto para compartir fragmentos de mi memoria, de lo recorrido y lo aprendido durante diez años. Y aunque esta podría ser una narración cronológica, los recuerdos no siempre se instalan de esa manera, porque con el paso del tiempo se van ordenando como emociones, lecciones o imágenes que se van conectando sin un orden lógico.

Los primeros meses los pasé recorriendo las instituciones que recibían aportes, en un intento por entender el destino de esos cheques tan esperados. Escuelas, asilos, museos, bibliotecas, cultivos, hogares de paso, orquestas... Encontrar tantas iniciativas, desde lugares y perspectivas diferentes, hacía evidentes los contrastes en los que estamos inmersos como sociedad. Como nada es absoluto, cada encuentro era sumergirme en una problemática, en un sueño, en una apuesta, en la ilusión de alguien en pro de alguien... inspiración para la acción, o, mejor, acción para la inspiración.

Las palabras nos permiten entendernos, las pronunciamos y les vamos dando sentidos que nos conectan o desconectan, y otras veces, quizás más de lo que creemos, las vamos nombrando sin sentidos, solo hilando frases que suenen bien o complazcan a alguien. Pues bien, fue en las voces de quienes menos esperaba en las que encontré sentido a palabras que me sonaban a lugar común.

Con Betty, una líder de La Purnia, vereda de la Mesa de los Santos, en Santander, aprendí que pobre es al que le da miedo entregar lo poco o mucho que tiene porque se queda sin nada.

La esperanza la encontré en una conversación con un desmovilizado de las autodefensas que llevaba más de tres años en proceso de acompañamiento y formación en el proyecto Soluciones. Me sorprendió el color de sus ojos, caí en la cuenta de que era la primera vez que me sostenía la mirada mientras hablábamos: «Es que ya puedo pensar en mañana... antes yo no sabía si iba a amanecer vivo».

Margarita, a sus sesenta y siete años, me trajo la constancia. Cada sábado iba a clases a la Institución Educativa La Independencia en la comuna 13 de Medellín. «Yo aquí me quedo hasta que salga leyendo y escribiendo. Quiero aprender a leer la Biblia de cuenta mía, que yo sepa qué dice ahí». Su mirada cansada se iluminaba, esos mismos ojos le permitirían descubrir mundos a través de la lectura, compartir momentos con su nieta y ayudarla a hacer las tareas.

Samuel, a sus cinco años, nos explicó que los niños y las niñas tienen diferencias, pero son iguales porque los hacen acostar temprano; que hay niños crespos, otros peliparados y otros que se ponen sombrero para protegerse del sol.

Changó, un empresario rural del norte del Cauca que cultivaba cacao nos enseñó que si la idea llega es porque es posible, «ahí está la magia». Escucharlo contagiaba, hablaba de sostenibilidad y productividad, enamorado de esa tierra que era su empresa. Changó era abundante en palabras, sueños y emociones.

Con Raimundo, en Sabaneta, Cundinamarca, aprendí sobre el calentamiento solar, «ese problema que tenemos con el sol, que nos está calentando mucho». Y si lo sabrá él que está más cerquita, a 2400 metros sobre el nivel del mar.

Adalgisa decía: «Dios manda pobre, pero no puerco; a mí me gusta tener mi casa muy organizada». Y era impecable. A la entrada de su casa, en su cocina y en sus baños hizo mosaicos con los pedazos de baldosines que encontraba en los desechos del

barrio Olaya Herrera, en Cartagena. Donde otros veían basura, ella encontró materiales de primera para darle color a su casa.

Y como ellos, muchos hombres y mujeres nos fueron dando un significado real de equidad, abundancia, imaginación, amistad, confianza, compromiso o participación, por nombrar algunas de esas palabras que aparecen tantas veces en tantas voces, y que hoy, más que nunca, exigen ser pronunciadas con presencia y acción en contexto para que alcancen eco.

La calidad de la educación es uno de los caminos ineludibles para la competitividad. Desde sus comienzos, en 1971, la Fundación SURA ha estado comprometida con la educación y la cultura, dos líneas constantes en las que ha liderado iniciativas que contribuyen al fortalecimiento institucional de las entidades y al desarrollo de los actores clave de ambos sectores.

Entre las escuelas rurales visitadas identificamos la ausencia de material didáctico adecuado o suficiente para desarrollar actividades en el aula... y ahí nació la idea de tener el primer programa propio que integrara la promoción de la salud, coherentes con el saber hacer de SURA, y la posibilidad de generar experiencias que facilitaran el aprendizaje transversal y el empoderamiento de los docentes. El tema: educación y sana convivencia. El programa: Félix y Susana, nombre que nos habla de felicidad y de salud, dos búsquedas permanentes del ser humano.

No solo se trataba de entregar un material didáctico que motivara a los estudiantes y a los docentes. Se trataba de entender las dinámicas de las instituciones educativas y aportar a su fortalecimiento, de encontrar razones de fondo para unir acciones en pro de una de las problemáticas más complejas: el abuso y el maltrato infantil.

Reconocer el cuerpo, las emociones, los sentidos, era el pretexto para invitar a hablar con naturalidad de aquello que sienten

los niños y las niñas, y que viven en su cotidianidad. Descubrir en los docentes el asomo de su infancia al abordar estas temáticas era descubrir que más allá del material se requería fortalecer la parte emocional de los docentes y, desde allí, lograr un abordaje diferente en su trabajo en la escuela. «A mí nunca nadie me habló de estas cosas, yo lo que aprendí lo aprendí con los amigos», nos contó un docente.

¿Cómo miran a sus estudiantes? ¿Logran descifrar aquello que las miradas callan, silencios o necedades de esos niños y niñas? ¿Será lo mismo que familias y docentes ocultan? ¿Saben leer entre líneas las situaciones a las que se enfrentan en sus hogares?

«Yo quiero saber por qué a los niños les crece el pelo de pa'arriba y a las niñas de pa'bajo». Una conversación espontánea desde un juego permite ver más allá de los comportamientos evidentes; escuchar de otra manera lo que se dice es trabajar en la identificación y la prevención de abusos y, sobre todo, en la promoción de una sana convivencia, donde la comunicación es un factor determinante. Y empieza en los primeros años.

Así, con esa intención, Félix y Susana se fue consolidando como un programa que desarrollaba la Política Nacional de Educación Sexual y Convivencia Escolar, no solo en Colombia, sino en El Salvador y en República Dominicana.

La educación se conecta con la cultura, y ahí, entre música, danzas, pinturas, tejidos y letras, la Fundación ha creído e impulsado las instituciones que promueven y custodian el arte, la creatividad y la memoria como procesos de identidades y patrimonios, porque en nuestros países, diversos por esencia, no tenemos una única identidad, y en el tiempo se van consolidando nuevos patrimonios.

—Doctora Marta, ¿las piedras florecen?

—Sííí, claro, en forma de escaleras, ventanas, paredes...

Mientras un niño de cinco años le hacía esa pregunta a Marta Chalela, líder de un proyecto en Santander, yo observaba un terreno desértico, rocas y piedras, y me quedé pensando en esa respuesta. Aprender a valorar el paisaje, la tierra, ese era el mensaje. Ella nos enseñó a valorar el manantial que reside en el rocío de la mañana para nutrir una planta, para devolverle la memoria a la tierra. Nos enseñó a creer.

Descubrí metáforas simples que daban una lectura profunda a la vida, a la naturaleza, a las relaciones, muchos mensajes pronunciados por personas que no saben conjugar ni interpretar letras, solo saben de vivir y de sentir... eso es lo esencial.

Durante un buen tiempo tuve en mi mano una manilla tricolor tejida por los indígenas del Cauca. Negro, rojo y beige como un homenaje a todos los colores de piel y a las múltiples visiones del mundo en un mismo territorio. Una riqueza invaluable que se nos escapa entre el abandono, la exclusión y la indiferencia.

La apuesta por un desarrollo integral de comunidades rurales nos condujo a territorios donde las violencias han marcado cicatrices no solo en la historia, sino en los cuerpos de tantas personas, que a pesar de esos dolores vividos creen y siguen apostando por hacer las cosas de una manera diferente por el futuro de sus hijos. Debo decir que eran los proyectos que más tiempo e inversión nos demandaban. No era simplemente pasar recursos para ampliar o mejorar un cultivo, era articular acciones e instituciones que quisieran, como mínimo, estar cinco años trabajando desde diferentes aspectos: educación, infraestructura, seguridad alimentaria, comercialización, en fin, lo necesario para hacer un proceso viable y sostenible.

«Yo no quiero vivir igual a mi papá, que se mata a sol y lluvia todos los días, y no nos alcanza para nada, yo me quiero ir de aquí», lo escuché, palabras más, palabras menos, en el norte del Cauca, en Buenaventura, en Vigía del Fuerte, en el Eje

Cafetero, en Sonsón... y en otras partes donde los jóvenes no ven en su tierra una oportunidad ni una inspiración.

Aprendimos de cultivos de mora, caña, asaí, papa criolla, cacao, chontaduro, tomate, achiote, ají, fique, aprendimos que no hay recetas únicas, que el río y la montaña dan acentos a cada contexto, y que el desarrollo rural requiere, además del compromiso de las comunidades, tiempo, dinero, seguridad, tecnología... voluntades. Algunos proyectos prosperaron, pero muy pocos en realidad.

Más allá de participar con aportes financieros a entidades o proyectos, es implicarse, movilizar el talento para compartir tiempo y conocimientos, conectar propósitos que influyan en la transformación y, en especial, generar un entendimiento de esa realidad que desconocemos, pero desconocerlos no quiere decir que no existan. Leer en voz alta, acompañar emprendimientos, mejorar la infraestructura educativa, jugar, por nombrar algunas de las iniciativas que promueve el voluntariado corporativo, son actos de confianza, de reconocimiento, de valoración, de suma de voluntades. Y eso importa, importa para quien se encuentra una persona que mira a los ojos y genuinamente quiere estar ahí. Importa para quien decide estar presente en la vida de otra persona compartiendo lo que es. Importa cuando se cree que es posible, y esa es la fuerza que impulsa a los voluntarios, la confianza en que, si entre todos se aporta, entre todos se transforma. No solo es dar y recibir, o que porque alguien tenga más entonces debe compartir, eso sería reducirlo a un acto de compensación para calmar conciencias. Es entender que los asuntos sociales nos competen a todos, requieren compromiso y movilización colectiva.

En cincuenta años hay muchos días, momentos, personas. La Fundación nació antes de que las discusiones frente a la participación de las empresas en el desarrollo social fuera una exigencia del entorno, antes de que se discutiera si el asistencialismo era o no el camino, o si las fundaciones eran de pri-

mer o segundo piso, si sus acciones debían estar alineadas al quehacer de los negocios para ser estratégicas, en fin, nació con un sentido claro: aportar a la superación de aquellas problemáticas sociales que afectaban el desarrollo y la calidad de vida de las personas.

El compromiso de las empresas con los territorios de los que hace parte no es un asunto retórico, es un imperativo ético que impacta su operación tarde o temprano. No se trata de si se es asistencialista o estratégico, si se tienen una o tres líneas de inversión, se trata de saber leer las necesidades y articular acciones que incidan en superar esas condiciones que limitan el acceso a las oportunidades.

Entre un proyecto y otro, fui entendiendo que el indicador de confianza y desarrollo no se lee en los informes anuales, sino en los ojos. Mirar al suelo, un camino reducido. Mirar al frente, un horizonte por recorrer. Cambia la mirada y cambia la perspectiva.

Una de las frases que se me quedó anclada es: «Quiero llegar a ser alguien, estudiar para ser alguien», la escuché tanto que me he cuestionado sobre lo que realmente nos importa. A veces nos desgastamos en debates, discursos, enfoques, teorías, y al final se requiere más pensarnos como humanos, con aspiraciones y sueños comunes. Muchos esfuerzos y recursos que se le escapan a lo más valioso. Ser y sentirnos alguien no requiere más que reconocernos y respetarnos desde la dignidad humana, ese derecho que tenemos desde el primer respiro.

Las historias narradas, en voces de todas las edades, durante el tiempo que hice parte del equipo de la Fundación, dan cuenta del efecto del afecto, de lo que se logra cuando hay intención y atención genuina: siembra y cosecha de confianza en uno mismo y en los *demás*.